

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 78.—BARCELONA 13 DE NOVIEMBRE DE 1915



La plaza de Kowno, conquistada por los alemanes el 19 de agosto

HINDENBURG

SU BATALLA DE INVIERNO EN MASURIA

7 al 15 de Febrero de 1915

Her Hans Nieman ha publicado un interesante y claro relato de las operaciones que terminaron en la batalla de Augustovo. Lo reproducimos casi íntegro a continuación, seguros de que será del agrado de los lectores, J. A. A.

INTRODUCCIÓN

Hacia el 20 de septiembre de 1914 terminó Hindenburg su primera campaña contra los rusos. Con 135,000 hombres consiguió, en tres semanas, librar a la Prusia oriental de la invasión de medio millón de soldados, aniquiló el ejército del Narew y batió al del Niemen obligándole a retirarse en forma de huida.

Rennenkampf, con este último ejército, buscó y halló protección amparándose detrás de la línea fortificada Kowno-Grodno. Allí acabó la persecución alemana.

Casi en los mismos días se produjo en el teatro occidental de la guerra un cambio profundo de la situación. Pretendía el ejército alemán destruir las

fuerzas francesas en la Champagne, al S. del Marne, cercándolas por el N., E. y occidente. Pero a punto de conseguir su objeto aquel ataque envolvente se detuvo en el Marne en la región al E. de París. En los días del 8 al 14 de septiembre, mientras Hindenburg batía a los rusos mandados por Rennenkampf, el ejército alemán en Francia retrocedió desde aquel río hasta el Aisne. Esta medida fué voluntaria y no fué impuesta por los franceses. Uno de los motivos principales que la determinaron consistió en que las fuerzas de segunda línea que, según el plan primitivo, habían de proteger el flanco derecho y la retaguardia del ejército invasor, constituyendo para ello un nuevo ejército en la región entre París y Lille, tuvieron que ser empleadas en otros sitios y principalmente en el frente oriental para evitar allí perjuicios muy graves.

Hubo también otros motivos importantes para este cambio brusco en el frente occidental, pero por razones de oportunidad, mientras dure la guerra tales motivos no pueden entregarse a la pública discu-

sión. Además, en aquellos días decisivos del mes de septiembre, el término de los combates alrededor de Lemberg constituyó un éxito innegable para los rusos. Después de esos combates resultaba muy dudoso, por lo menos, que nuestros aliados pudiesen hacer frente solos en aquel teatro de operaciones a un ejército numéricamente casi doble y consiguiesen dominar la ofensiva rusa. Transcurrido el primer mes de lucha se vió claramente que Rusia al estallar la guerra tenía ya terminada su movilización sin que necesitara, como se había supuesto, dos o tres meses para ultimar sus preparativos.

Partiendo de esa lógica presunción, nuestro plan había consistido en destruir rápidamente al enemigo en el frente occidental y marchar después con todas las fuerzas contra Rusia. Se halló, pues, nuestro alto mando ante el problema de ejecutar ese plan o de abandonarlo cuando casi había conseguido su objeto y marchar desde luego contra Rusia.

De persistir en el plan primitivo podía esperarse un éxito resuelto en occidente, empeñando para ello, por supuesto, todas las tropas disponibles, mas no podía calcularse cuánto tiempo sería necesario para terminar tales operaciones. Pero en ese caso habrían de quedar seguramente no una sino varias provincias alemanas y austriacas entregadas sin defensa a la invasión de los rusos. Muchos miles de millones se hubiesen perdido, particularmente en Silesia; sobre la Alemania oriental hubiese caído el azote de indescriptible miseria.

En cambio, si abandonando el plan se emprendía simultáneamente la lucha contra Rusia, dada la superioridad de la estrategia del general Hindenburg, cabía contar con muchas probabilidades de que conseguiría, mediante algunos refuerzos, mantener a los rusos lejos de la frontera alemana, conservándose por otra parte en el frente occidental todas las ventajas alcanzadas hasta el momento en que los Imperios centrales, reforzado su poder con nuevas unidades, pudiesen emprender en uno de los frentes operaciones importantes sin tener que retirar del otro fuerzas de consideración.

Por todo ello nuestro Estado Mayor se decidió a abandonar el plan primitivo. El objetivo nuevo de la guerra era casi opuesto al anterior. Ahora ya se trataba de defenderse en occidente, afirmando las ventajas alcanzadas y, en cambio, en el frente oriental, se habían de proteger enérgicamente las fronteras hasta que una vez reforzado el ejército se acometiese enseguida la completa sumisión de Rusia.

Todo el desarrollo de la guerra hay que considerarlo desde este punto de vista para comprender las operaciones en ambos frentes....

En el frente oriental la misión de Hindenburg consistía primero en proteger enérgicamente las fronteras alemanas y después en sojuzgar a Rusia. La primera parte la realizó en absoluto, la segunda la ha cumplido ya en su mayoría con éxito brillante.

Tiene nuestra frontera oriental dos puntos vulnerables. En primer término la Prusia oriental que por su situación avanzada hacia el E. permite que el enemigo la ataque fácilmente por dos lados. La frontera en su conjunto no está protegida por grandes obstáculos naturales ni artificiales. Desde el cinturón de fuertes que bordea la frontera disponen los rusos de tres líneas de invasión constituidas por fe-

rocarriles y carreteras. La del E. pasa por Kowno-Stallupönen Gumbinnen-Insterburg, la del S. E. por Bjelostok-Lyck-Lötzen, la del Sur por Varsovia-Mlaw-Soldau (o Neidenburg)-Allenstein. Cuando en el mes de septiembre aún pisaban sus tropas en todas partes tierra enemiga ya hizo Hindenburg construir en la Prusia oriental fuertes posiciones defensivas que cerraban esas tres líneas de invasión. Las líneas de Inster y Angerapp se fortificaron desde el S. de Tilsit hasta Angerburg. Los pasos de la cadena que forman los lagos masurianos se atrincheraron desde el lago de Mauer hasta el de Spirding; la línea Lautenburg-Soldau-Neidenburg fué provista también de una cadena de trincheras. Así se consiguió proteger eficazmente a la Prusia oriental con elementos de la guerra de posiciones y con escasas fuerzas.

El segundo punto peligroso de la frontera oriental era Silesia. Consideró Hindenburg que la mejor manera de defenderlo consistía en una ofensiva en la Polonia rusa en la dirección general de Varsovia-Ivangorod y en unión con los austriacos. Nos llevaría demasiado lejos describir aquí el desarrollo de esas operaciones. Para la acción en Polonia hubo que emplear, desde luego, gran parte de las fuerzas que hasta entonces ocupaban la Prusia oriental. Se abandonaron el gobierno de Suwalki y el sitio de Ossowietz; el resto del ejército y las unidades de reserva, Landwehr y Landsturm ocuparon las posiciones defensivas citadas. Estas pocas tropas, con los escasos refuerzos que recibieron en los siguientes meses, defendieron la Prusia oriental a costa de inmensas penalidades y de duros combates hasta los comienzos de Febrero de 1915 contra los ataques frecuentes y repetidos del 10.º ejército ruso que contaba con fuerzas más de dos veces superiores a ellas.

Tanto había aumentado nuestra fuerza para principios de noviembre de 1914 que Hindenburg pudo acometer ya la segunda parte de su empresa. Empezó para ello por la segunda ofensiva en Polonia que durante los meses de noviembre y de diciembre costó a los rusos 160.000 prisioneros en números redondos y un número aún mayor de muertos y de heridos. Terminados esos combates emprendió en la Prusia oriental un ataque que terminó con el total aniquilamiento del 10.º ejército ruso. Su batalla de invierno en Masuria es uno de los golpes más rudos que ha hecho sentir nuestro héroe a los rusos: como Tannenberg, constituye para Hindenburg un legítimo triunfo que perdurará en la historia eternamente como ejemplo brillante del arte supremo de la guerra.

Sirven las páginas siguientes para transmitir el desarrollo de esos combates a nuestros contemporáneos y a las generaciones venideras.

LA BATALLA DE INVIERNO EN MASURIA

A principios de febrero de 1915, 220.000 rusos al mando de Sievers sostenían en un frente de 165 kilómetros una campaña de invierno de posiciones contra los 100.000 alemanes que, mandados por Below, defendían la Prusia oriental en las posiciones fortificadas que se han mencionado antes. En el N. empezaba la posición rusa en el Szesuppe al E. de Tilsit y desde allí se extendía hacia Oriente por el bosque de Schorell siguiendo luego en dirección Sur

próximamente según la línea: Spullen-Este de Gumbinnen-Oeste de Goldap-Este de Lötzen-Johannisburg y desde este punto a lo largo del Pisseck. La línea alemana seguía los ríos Inster y Angerapp hasta el lago de Mauer; más hacia el S. tan sólo había fuertes guarniciones en los desfiladeros de los lagos, particularmente en el de Lötzen y en los montes de Paprod situados entre los lagos de Löwentin y Spirding. Al S. de este lago había tropas de observación en el bosque de Johannisburg.

En su extensión gigantesca tenía la posición rusa su fuerza y al mismo tiempo su debilidad. Su fuerza porque en tal frente cabía utilizar por completo la eficacia de combate y de fuego de todas las tropas; sin la menor dificultad podían entrar en fuego todos sus fusiles y cañones. Su debilidad dependía también de la extensión, porque la ofensiva de fuerzas superiores contra un punto de esa línea de 165 kilómetros no era posible contenerla a tiempo. Las tropas que desde el centro hubieran de trasladarse a las alas o viceversa tenían que hacer dos marchas forzadas de 40 kilómetros al día y en esos dos días podían ser batidas las alas y roto el centro. Precisamente la posición rusa incitaba a la ruptura, que de intentarse en Lötzen, detrás del Angerapp, en los montes de Paprod o simultáneamente en dos sitios, tenía que conducir a su objeto. Con que se acometiese en un frente de 20 kilómetros tan sólo con tres cuerpos de ejército, en el primer día no podrían los rusos oponerle más de un cuerpo y medio, y luego a lo sumo otros tres si no querían desguarnecer grandes trozos del resto de su posición y abandonar con ello la Prusia oriental. El éxito no podía ofrecer duda teniendo en cuenta la superioridad de la táctica de ataque y de fuego alemanes, así como la de nuestra artillería. Era probable que ya en el primer día se lograra romper las líneas rusas, batir al enemigo dispersándolo y obligándole a una retirada desastrosa y a que abandonase por completo la Prusia oriental y todo ello con pocas pérdidas de nuestra parte.

Es característico del movimiento de ruptura que con él no puedan alcanzarse otras ventajas que las que acabamos de citar, porque en el ejército batido, las fracciones separadas por la ruptura conservan libres sus líneas de retirada. Para cortar éstas es preciso combinar la ruptura con un movimiento envolvente. Se puede hacer que el ejército encargado de aquella cambie de frente a la derecha o a la izquierda o simultáneamente en ambas direcciones. Pero si el encerramiento de las fracciones separadas en teoría es posible, prácticamente constituye un absurdo porque para encerrar 200,000 hombres en dos grupos de a 100,000 hacen falta más tropas que para encerrar 200,000 en un círculo. Y de encerrar tan sólo a uno de los grupos se corre el riesgo de que el grupo no cercado caiga sobre la retaguardia del ejército envolvente.

Por todo ello resulta indudable que cuando un general pretenda destruir al enemigo, recurrirá al sistema de envolver la totalidad de su ejército como lo hicieron Anibal en Canas, Federico el Grande en Rosbach, Leuten, Torgau y Burkersdorf, como Napoleón procedió en muchas batallas de sus numerosas campañas, Moltke en Sadowa, St. Privat y Sedán y finalmente como el mismo Hindenburg lo

ha hecho en Tannenberg con un éxito que hasta ahora jamás se había alcanzado.

La misión de Hindenburg consistía en destruir a los rusos y para ello inició su doble ataque envolvente como en Tannenberg. Aquí resultaba más fácil emprender el ataque; en cambio su ejecución ofrecía mayores dificultades. En Tannenberg el enemigo estaba en movimiento, en marcha. Fué preciso detenerlo y forzarle ante todo a ocupar la posición contra la que resultaban más fáciles los movimientos envolventes. La posición que ocupaba ahora era fija y bien conocida. Pero entonces los 230,000 rusos estaban concentrados en un frente de 50 kilómetros, ahora 220,000 ocupaban 165; entonces se luchaba en verano, ahora en invierno con nieve y con hielo y con alternativas de hielo y de deshielo. Las dos alas envolventes tuvieron que recorrer en Tannenberg un día y medio de marcha; en cambio en esta batalla necesitarían de ocho a nueve días y probablemente de continuos combates. Una circunstancia, en todo caso, facilitaba la empresa: Hindenburg disponía ahora de más de 250,000 hombres mientras que en agosto de 1914 sólo contaba con 135,000.

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias el Feldmariscal tomó sus disposiciones. En la región de Tilsit concentró el ala envolvente N., compuesta de tres cuerpos de ejército mandados por el general von Eichhorn, quien restablecido en el mes de enero de una grave enfermedad, tuvo ahora por primera vez en esta campaña ocasión de poner de relieve sus condiciones de caudillo. Consistía su misión en marchar, por de pronto, a lo largo del Szesuppe avanzando después en dirección S. E. con un extenso frente sobre Kalwarija: impedir que los rusos se sirvieran del ferrocarril Stallupönen-Kowno y acometer con la mayor rapidez a cualquier enemigo que le hiciese frente. El ataque lo emprendieron por el S. el cuerpo de ejército del general von Falk y al Sur de éste un cuerpo de reserva que mandaba el general Litzmann. El primero marchó por el O. del bosque de Johannisburg y cubierto por él. Al llegar a la línea del Pisseck habían de marchar ambos Cuerpos en dirección N. E. contra Suwalki y Augustovo. Era preciso proteger el avance de las alas contra movimientos envolventes de los rusos y con ese fin se enviaron destacamentos laterales hacia Taurroggen en el N. y contra Lomsha en el S., destacamentos que tomaron parte en los días de batalla que siguieron, demostrando que Hindenburg había juzgado bien a su enemigo y que no habían sido inútiles sus medidas de precaución....

Terminado el despliegue de las dos alas envolventes el 7 de febrero de 1915, la batalla de destrucción podía comenzar y para ella el plan de Hindenburg fué el siguiente: ambas alas habían de atacar a las contrarias envolviéndolas, batiéndolas y hundiéndolas. Por de pronto el centro permanecería inactivo mientras el centro ruso mantuviera su posición, caso en el cual se aumentaría la presión sobre los flancos, se acortarían las marchas envolventes y la decisión podría producirse hacia el quinto día, emprendiendo para ello el centro su ataque una vez que hubiese terminado el movimiento envolvente. Si cediendo al ataque de flanco emprendía el centro ruso su retirada hacia el E., entonces Below, con el centro ale-

mán, había de atacar con energía procurando sujetar al enemigo, y si esto se lograba, los ejércitos de las alas procederían como en el primer caso. Mas podía ocurrir que el jefe ruso se diese a tiempo cuenta del peligro que corría e intentara esquivar el ataque de frente retirándose rápidamente y abandonando las unidades empeñadas en la lucha. En tal caso era preciso impedir su evasión, para lo cual no se exageraría la presión sobre los flancos, se trasladaría más hacia el E., a territorio ruso, el punto de dirección de las dos alas alemanas en su avance concéntrico, se alargarían las marchas y serían más rápidas. Seguiría deprisa el centro alemán para que entre él y los ejércitos de las alas no quedasen grandes claros. La duración de la empresa probablemente resultaría doble, ya que el movimiento envolvente se había de ejecutar estando ambos ejércitos en marcha.

(Concluirá)

LOS MEDIOS DE COMBATE EN LA GUERRA DE HOY

La guerra actual se sirve de medios modernos y medios viejos, pero tan alterados estos últimos que se debe considerarles como modernos. Al principio de la guerra se fijó la atención sobre ellos y su importancia: el crucero *Augsburg* bombardeó Libau, incendió los establecimientos del puerto de esa ciudad y distribuyó minas cerca de la costa: pocas horas después había llegado la noticia de estas acciones al almirantazgo alemán en Berlín, por medio de la telegrafía sin hilos. Aquí se presentan dos de los nuevos medios de guerra: la mina y la telegrafía sin hilos. No hay, tal vez, en la guerra naval, otro medio tan horrible y tan eficaz como la mina. Al principio se usaban las minas casi exclusivamente para la defensa. Se las distribuía delante de las costas, los puertos y las desembocaduras de los ríos del propio país, para protegerlos contra la entrada de los buques enemigos y colocándolas, tanto como era posible, a gran distancia de la costa, se impedía el bombardeo por los navíos del adversario. Hoy día se emplean las minas también en el ataque. Buques provistos con minas van a la costa del país enemigo y bloquean los puertos y las desembocaduras de los ríos. Más aún: se forman campos de minas en alta mar en inmediata conexión con los movimientos y el avance de la escuadra. Se tiende con esto a un doble objetivo: o se distribuyen las minas secretamente y se busca atraer al enemigo por medio de maniobras artificiosas al campo de minas para que sus buques choquen contra ellas y sean destruidos, o se las distribuye al descubierto de manera que el adversario reconozca la situación del campo, impidiéndole entrar en una cierta región del mar y llevándolo a una posición tácticamente desfavorable, la que debe ser aprovechada diestramente por la propia artillería, de manera que en este caso, la mina llegue a ser en cierto modo un poderoso auxiliar para aumentar el efecto de la artillería. Hoy día todas las escuadras de combate tienen vapores *ad hoc* provistos de minas y excelentes aparatos para colocarlas.

Además de estos fondeadores de minas, se emplean también los torpederos y submarinos, los últimos especialmente para colocarlas sin ser observado

por el adversario. Hay tres clases de minas: minas de observación, minas dispersas y minas flotantes. Las dos primeras clases van ancladas y están en comunicación con la costa por medio de un cable, con corriente eléctrica. Cuando la estación de la costa observa que un buque enemigo está sobre la mina en el campo de minas, una sola presión en el botón eléctrico basta para producir la descarga de la mina. La descarga de las minas esparcidas se verifica cuando el buque choca con ella. En unos tubos de vidrio que lleva la mina hay una solución química, la cual por la ruptura del tubo se combina con un elemento seco, produciéndose de esta manera una corriente eléctrica que descarga la mina. Estas minas, que ordinariamente se cargan con 100 kilos de nitro-glicerina, se encuentran siempre sumergidas por medio de un mecanismo automático.

En cuanto a la guerra terrestre, nos sorprenden también los medios que se emplean y el perfeccionamiento tan grande que han adquirido en los últimos cuarenta años. Son las armas portátiles las que han experimentado un desarrollo más sorprendente. El fusil de aguja prusiano de 1870 disparaba 12 tiros al minuto, y superaba muy poco al chassépot francés, modelo 1866, el cual con una velocidad de 420 metros tenía un alcance de 720 metros y podía disparar un máximo de 10 proyectiles por minuto. El fusil Mauser alcanza 4,000 metros con una rapidez de 25 tiros por minuto y una velocidad inicial de 900 metros. Al mismo tiempo el calibre de los proyectiles disminuyó de 13 a 5 milímetros en un siglo. Pero mucho más grandes son los efectos obtenidos por las ametralladoras, que igualmente han sido perfeccionadas en poco tiempo, las cuales los soldados rusos, excitados por odio y furor por sus efectos mortíferos en la guerra ruso-japonesa, las llamaban «regaderas del diablo». Las ametralladoras Maxim y Schwarlose pueden disparar de 400 hasta 500 tiros al minuto, las más perfeccionadas hasta seiscientos. Un desarrollo parecido ha experimentado la artillería pesada, que juega un papel muy importante en la guerra actual. Austria-Hungría tiene un excelente material en sus baterías automóviles de 30,5 centímetros sistema Skoda. Pero sobre todo han llamado la atención los morteros Krupp de 42 centímetros. La fortaleza de Lieja, bombardeada con estos morteros fué transformada en escombros y en la plaza se encontró un hoyo de 50 metros de profundidad y 30 de diámetro, que fué causado por dos bombas de los morteros disparados desde la orilla opuesta del Mosa. Estos proyectiles tienen más o menos un metro de largo y pesan 700 kilos. Es un hecho nuevo en la historia de la guerra proveer al ejército de campaña con cañones de grueso calibre: obuses y morteros. Contra éstos ni siquiera las fortificaciones más modernas pueden defenderse. Esta guerra ha venido a suscitar de nuevo la discordia entre la fortificación y el efecto del proyectil.

Pero la guerra moderna no se verifica ya en tierra y en el agua, sino que ha conquistado también el aire. Se ha encontrado en el aeroplano y el dirigible uno de los más modernos medios de la guerra. Todos los países han buscado adquirir este medio para su uso con resultado más o menos favorable, pero los dirigibles alemanes tienen la mejor cons-

trucción y la más grande eficacia, obteniendo, como se ve en el teatro de la guerra, los mejores resultados. Los aeroplanos cumplen dos clases de tareas:

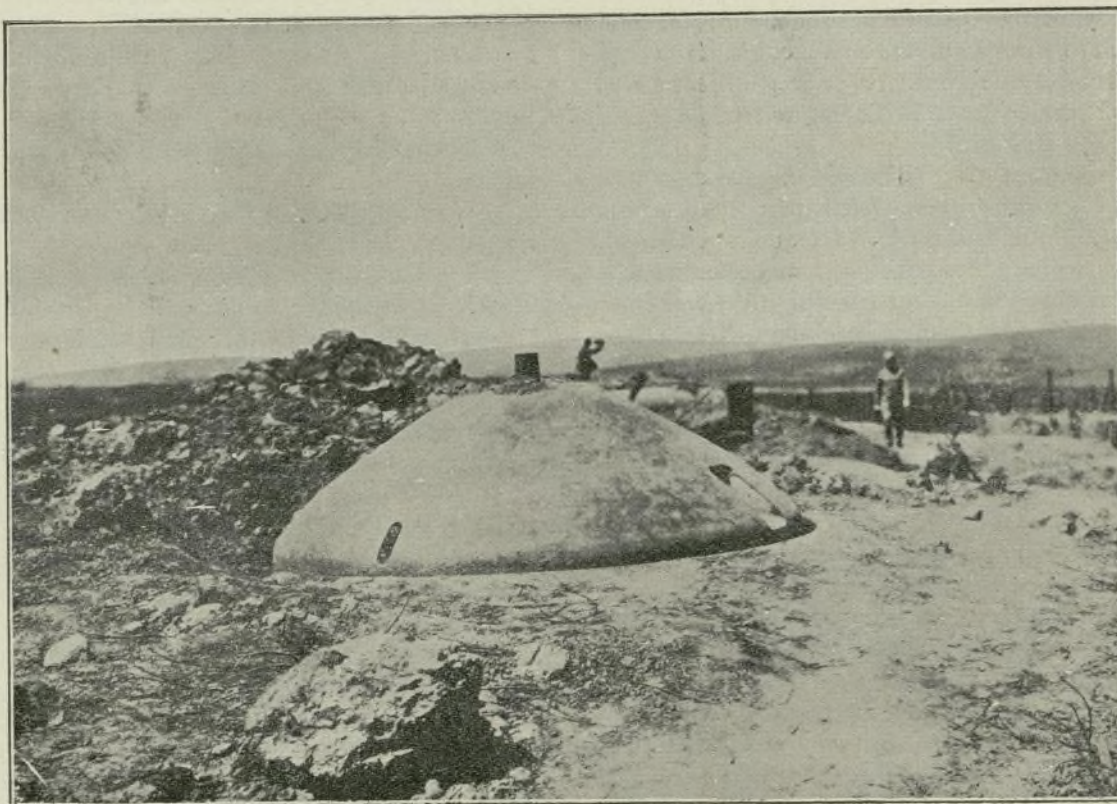
pales y auxiliares de la guerra; era su objeto transmitir telegramas entre la costa y el buque o entre varios buques. Su perfección se muestra por la gran



El general francés Maud'huy y el capitán Marty

efectuando los más útiles trabajos del servicio de reconocimiento respecto al número y a la dirección de la marcha de las tropas del enemigo, y procediendo también al ataque con mucho efecto.

distancia entre las dos estaciones y por la transmisión irreprochable de los signos telegráficos y su comprensión completa. Se puede hoy día enviar despachos de telegrafía sin hilos a una distancia de



Cúpula de uno de los fuertes de Przemysl, destruída por la artillería austriaca

Desde hace seis años todos los dirigibles están provistos de aparatos de telegrafía sin hilos.

La telegrafía sin hilos ha experimentado un desarrollo rápido como todos los otros medios princi-

8,200 kilómetros. Parece que, en el curso del tiempo reemplazarán en el ejército el teléfono y la telegrafía sin hilos a la telegrafía con hilos y aparatos Morse. Ya existen estaciones telegráficas de caballería, trans-

portadas en tres caballos y que pueden ser instaladas en un cuarto de hora. El alcance de esta estación telegráfica de caballería—que necesita sólo dos hombres para su servicio,—es de 100 kilómetros en el día y 150 kilómetros de noche en terreno llano. También existen automóviles para la telegrafía sin hilos, y las estaciones telegráficas tienen mayor alcance.

El progreso de la técnica militar es tan vasto que ha producido variaciones substanciales en el modo de combatir, donde también se han resucitado antiguos métodos que se emplean en consorcio con los más modernos. Tanto han de progresar los medios técnicos para la lucha, que no sería extraño—y ya se ve en la «guerra de topas» de hoy—que la guerra, como por sarcasmo, retroceda a su estado primitivo, para señalar otra nueva era.

J. C. GUERRERO.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Discípulos aprovechados

—Dígame V., señor A., ¿cree V. todavía en el triunfo de los franceses?

(El señor A).—¿Qué quiere decir *todavía*? Hoy más que nunca estoy convencido de su victoria final, indudable, completa.

—¿En qué se funda V. para sostener este juicio?

(El señor A).—En que los alemanes no han podido avanzar más en Francia, ni en Rusia, y en que a la larga se agotarán en hombres y en dinero.

—¡Muy bien! Y V., señor B., ¿confía aún en el triunfo de los ingleses?

(El señor B).—¿Acaso he dudado nunca? Si algo se ve claro en esta guerra, es la victoria de los ingleses. Cada día que transcurre se acercan más a ella.

—¿También gozarán de las mismas mieles los italianos y los rusos?

(Los señores A y B).—Eso es axiomático, y pasma que haya personas que no participen de esta opinión.

—¿Cómo se explican ustedes que los cuatro aliados se alarmen tanto por lo que sucede en los Balkanes, que hayan estallado crisis políticas y que el pesimismo haya dado señales de vida? ¿No será un síntoma de miedo?

(Los señores A y B).—No es más que mera compasión y piedad hacia los serbios; por lo demás, el triunfo de los aliados es independiente de lo que suceda en los Balkanes y en Asia. El éxito se obtendrá en Europa.

—Pues ¿cómo no se preocuparon tanto de los belgas como de los serbios?

(Los señores A y B).—Porque Bélgica no es en realidad, más que la prolongación del suelo y de la raza francesas.

—Alemanas, querrán ustedes decir. Quedamos en que la victoria se obtendrá cuando se agoten los hombres y el dinero en Alemania ¿no es verdad?

(Los señores A y B).—¡Verdad es! Y este día no tardará en llegar.

—¿Qué dirían ustedes si los alemanes llevasen a Francia, Rusia e Italia, soldados turcos, del Asia Menor, cuya población puede muy bien dar unos dos millones de soldados excelentes, y tres o cuatrocientos mil reclutas cada año?

(El señor A).—Eso es un delirio, don Subrio, ¿van a ser tan tontos los turcos?

—Rectifique V.: tan listos; porque si consiguieran derrotar a rusos y demás camaradas de la democracia, el derecho y la libertad, ¡menudo sería el botín que recogerían en Asia y Africa!

(El señor B).—A todo esto, aún no nos ha dicho V. los motivos que tiene para creer en la victoria de Alemania y Austria.

—Insignificantes: ¿quién es hoy el dueño de Bélgica, de Polonia y demás provincias ex-rusas, del N. E. de Francia, de la mitad de Serbia? ¿Quién tiene en sus campamentos de internados tres millones de prisioneros enemigos? ¿Quién....

(El señor A).—No nos apesté V. con relatos olvidados de puro viejos. Nosotros nos referimos a la victoria final, a la futura, a la que pondrá término a la guerra.

—¡Ah! En esa victoria no he pensado nunca. No me agradan los vaticinios, ni soy de los que van a consultar a madame Thébés y otras adivinas que están embolsando a puñados la calderilla—porque oro no queda—de los cándidos franceses.

(El señor B).—Se bate V. en retirada, don Subrio, y hace V. bien, porque nuestro triunfo está descontado. ¡Tuviera yo tan segura la lotería!

—Pues, que sea enhorabuena, señor B; y V. reciba igualmente mis parabienes, señor A. ¡Caramba con la victoria! ¡Qué alegría debe reinar en París y Londres! Justificada, porque ¿quién resiste este argumento? «Estamos invadidos hace quince meses, el enemigo se pasea de un lado a otro tragándose provincias en el Este y el Oeste y el Sur, nos desangramos y debatimos en estériles esfuerzos, pero ¡nuestra victoria es segura! El adversario se agotará y nosotros no, y quien no lo crea que lo pregunte a los Estados Unidos, que están quedándose con todo nuestro dinero».

(El señor A).—Luego, se lo haremos pagar a Alemania.

—V. habrá leído a Cervantes ¿no es cierto, señor A?

(El señor A).—¿Quiere V. desviar la conversación? ¡No disimule V.!

—¿A qué ocultarlo? ¡Sí, señor! Iba a recordar algunos episodios de Don Quichotte; porque en el siglo xx Don Quijote ha salvado la frontera y ha tomado definitivamente el nombre de Don Quichotte; pero, si a ustedes les molesta...

(El señor B).—¡Ya era hora, don Subrio, de que reconociera V. el error en que estaba!

—¡Sí! ¡Pobrecitos alemanes! ¡Tan jóvenes y desgraciados! ¡Sin poseer siquiera un mal derecho o una mísera libertad para consolar sus penas y desastres!

(El señor A).—Con el arrepentimiento tal vez venga su regeneración.

—Yo creo que no basta el arrepentimiento; lo menos que deben hacer es bañarse en las aguas del Jordán y hacer penitencia en aquellos valles del Eufrates donde estaba el Paraíso terrenal; tal vez así consigan el perdón de sus pecados, y no me extrañaría que la marcha de los ejércitos del Kaiser hacia el Asia, tuviera ese piadoso objeto. Lo que no recuerdo bien es hacia dónde cae el valle de Josafat; me han dicho que los ingleses andan por allí y que pensaban preparar alojamientos para los alemanes en el Paraíso.

so terrenal; para lo cual es claro que habían de llegar antes. ¿Saben ustedes algo de eso?

(El señor B).—¡Eso es la Biblia, don Subrio! Dejemos en paz a los Santos Padres. .

—Con permiso de Inglaterra, y a condición de que no quede hollada la justicia, ni padezca la civilización.

(El señor A).—Hablando de otra cosa ¿qué opina V. de la espiritualidad francesa? ¿Leyó V. hace pocos días cierta crónica en que se describía lo que son los salones franceses, lo selecto y ameno de su concurrencia, el arte supremo de la conversación, que ningún otro país posee?

—No la leí, pero tampoco me extraña, porque conozco de antiguo la culta prosa, la delicadeza de frase, el ingenio que los grandes prosistas galos despliegan cuando se refieren a países con los cuales no están en guerra. Por mi parte, les agradezco que se dignen ocuparse en pueblos insignificantes, que apenas llegan a la base de su pedestal. ¿Han leído ustedes, acaso, la historia del patriciado romano, de aquellos caballeros de la época de la decadencia del Imperio, que poseían todos los refinamientos de la civilización romana, y fueron aventados, deshechos, sojuzgados por unos guerreros incultos que no tenían otra cualidad que la de ser hombres, en toda la extensión de la palabra?

(El señor B).—Unos días, metafísico; otros, matemático; y hoy, resucitador de historias viejas, jamás se ocupa V. en los acontecimientos futuros; ¡siempre los de actualidad!; por eso no hay forma de entendernos.

—Tengo el defecto que V. indica, lo reconozco. Unos hacen cuentas galanas; y yo no salgo de la cuenta de la lavandera; pero, si en el mundo no hubiera variedad ¿no sería la vida muy aburrida? Ustedes sueñan y yo recuerdo, y así todos estamos contentos: ustedes perdonan los coscorriones pensando en el bollo, que se comen tranquilamente los alemanes.

(El señor A).—Pero ¡no lo digerirán!

—¡Qué han de digerir! ¡No faltaba más! No satisfechos con los jamones rusos y las magras del Oeste, pretenden devorar los pasteles británicos del Asia. Siempre lo he dicho: esos teutones perecerán de indigestión, los matará su intemperancia. Qué repugnante resulta ese vicio cuando se le compara con la frugalidad del otro bando; ¿dónde encontrar un nombre inglés o ruso o francés en archipiélago, isla o continente fuera de Europa? La protección a los débiles ha sido una de las grandes conquistas de nuestro tiempo.

(El señor B).—Me extraña que no haya V. mentado a los serbios.

—¡Pobres serbios! Ellos sí que han pagado los platos rotos, por hacer caso de los consejos de sus protectores. Por lo demás, es la ley de la libertad: creían que les correspondía dar la libertad a la Macedonia, y los búlgaros opinan que este papel les incumbe a ellos. ¡Oh, guerra admirable de liberación! ¡Todos se disputan la gloria de romper las cadenas que oprimen a los macedonios!

(El señor A).—Ni en broma diga V. esas enormidades. El pecado de Bulgaria no lo perdonará la posteridad.

—¿La posteridad de quién? ¡Será la de Serbia!

Sin embargo, con el tiempo todo se arregla; y si intervienen Grecia y Rumanía...

(El señor B).—¡Grecia! ¡Rumanía! ¡Qué asco! ¡A última hora faltar a la obligación de ponerse al lado de los aliados! No dejarán de purgar su delito.

—Si sus amigos no estuvieran tan débiles no les vendría mal una buena purga; antes de tomarla, les convienen algunas cataplasmas.

(El señor A).—Sólo Italia ha respondido a sus nobles tradiciones.

—He aquí por qué se mira en las cristalinas aguas del Isonzo; ¡con tal que no le suceda lo que a Narciso, el bello...! A todo esto, ¿me permiten una pregunta? Si tanto les indigna la conducta de los neutrales y la de los germanos ¿por qué no se alistan como voluntarios en las filas de los aliados?

(El señor B).—Razones de familia, de intereses...

(El señor A).—A mí no me sientan bien las comidas fiambres ni el dormir en el duro suelo, y si estoy mucho rato expuesto a los rayos del sol...

—Vaya, por lo menos han salido ustedes discípulos excelentes y aprovechados.

(Los señores A y B).—¿De quién?

—De Inglaterra.

SUBRIO ESCÁPULA

LA MANO DERECHA DEL GENERAL JOFFRE

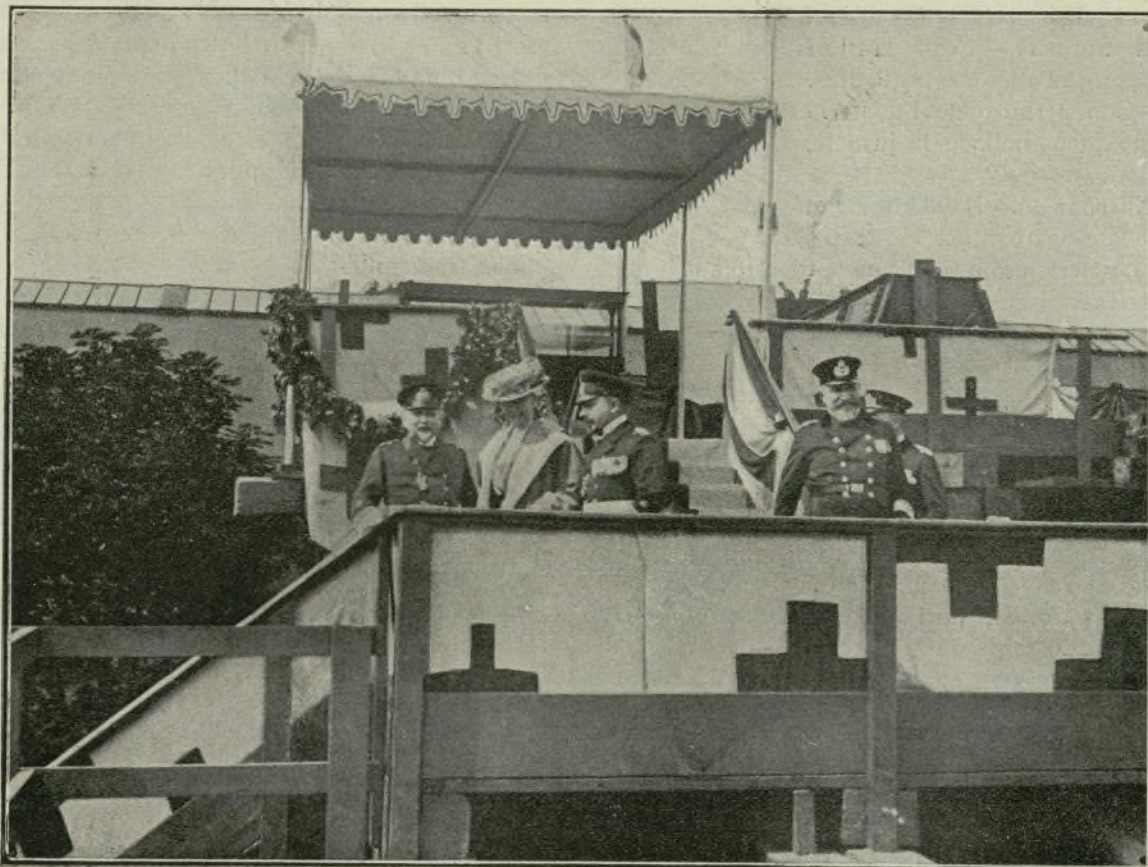
El general Castelnau

Al comienzo de la guerra, un gran triunvirato, los generales Joffre, Pau y Castelnau, estaban a la cabeza del ejército francés. La falta de salud obligó a retirarse al general Pau, y el general Castelnau fué desde entonces la mano derecha del generalísimo. Nació en Aveyron, en los bordes de la meseta central, país montañoso y de suelo ingrato, muy propio para que se endureciera un guerrero francés del temple de Murat y Marbot.

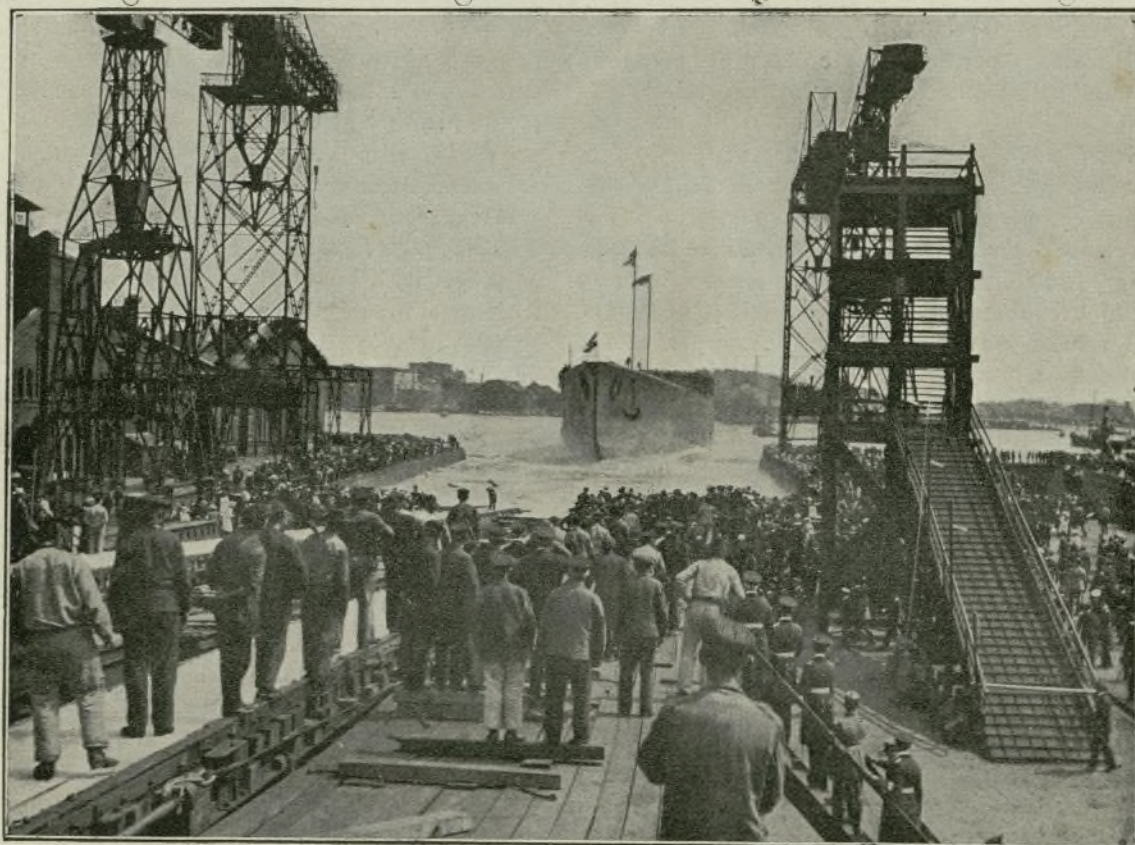
Venido al mundo en 1851, deseaba vengar, como el general Maunoury y otros muchos soldados, los agravios recibidos en las derrotas de 1870-71. Salió del colegio de Jesuitas de San Gabriel para ingresar en la escuela militar, a los 18 años, y ascendió a subteniente el día de Wisenburg, precisamente el día en que, invadida la Alsacia, Francia tenía necesidad de todos sus hijos y tuvo que promover a oficiales, lo mismo que el año pasado, a los jóvenes cadetes de Saint-Cyr.

Es costumbre que los cadetes de Saint-Cyr, al dejar las aulas, bauticen a su promoción. Los 250 nuevos oficiales, que se reunieron en el patio de la escuela antes de separarse para partir a los campos de batalla, bautizaron por unanimidad a su promoción con el nombre de «promoción del Rhin». El nombre era un programa, cuya realización hubo de aplazarse, pero que jamás olvidó el general Castelnau, y que siempre tuvo la convicción de que sería posible algún día.

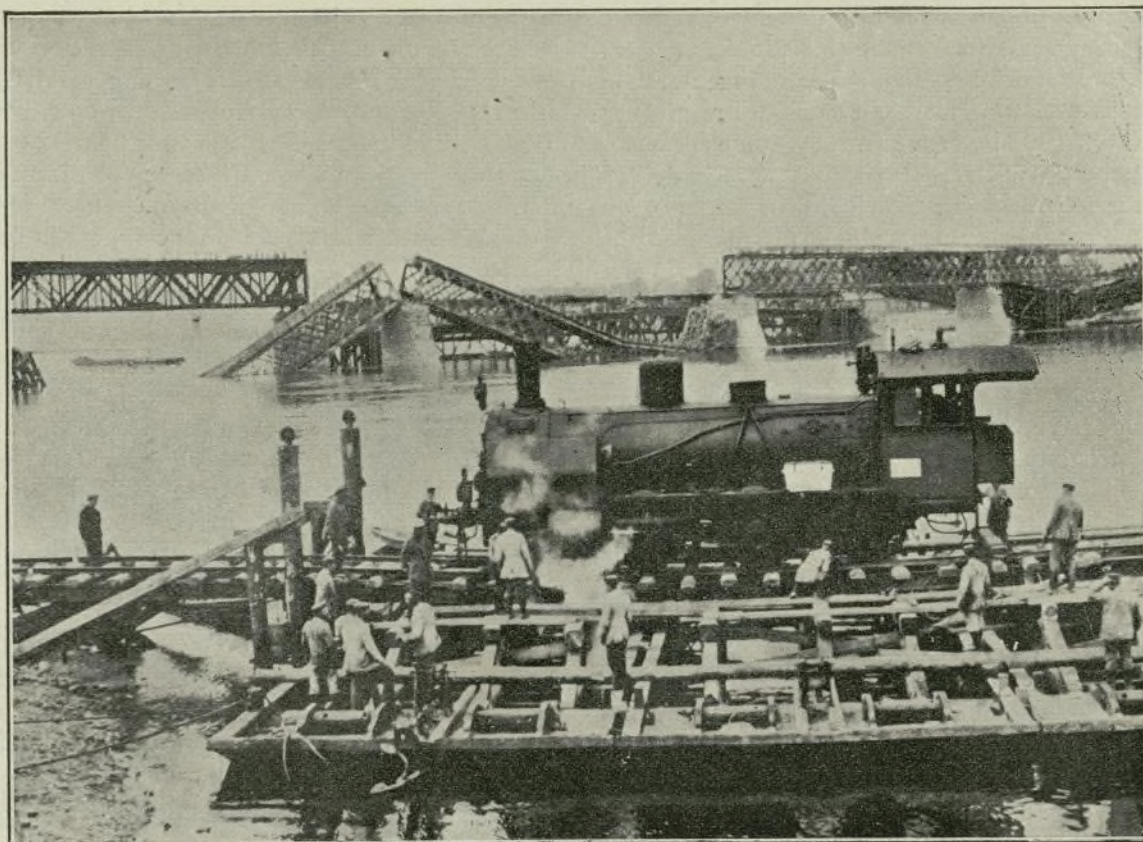
En octubre de 1870 se incorporó al 36.º regimiento, de nueva formación, como segundo teniente. Tres semanas después, cuando aún no había cumplido 19 años, fué promovido a capitán y puesto al frente de una compañía. Al mes siguiente, Castelnau recibió su bautismo de fuego. Tomó parte en



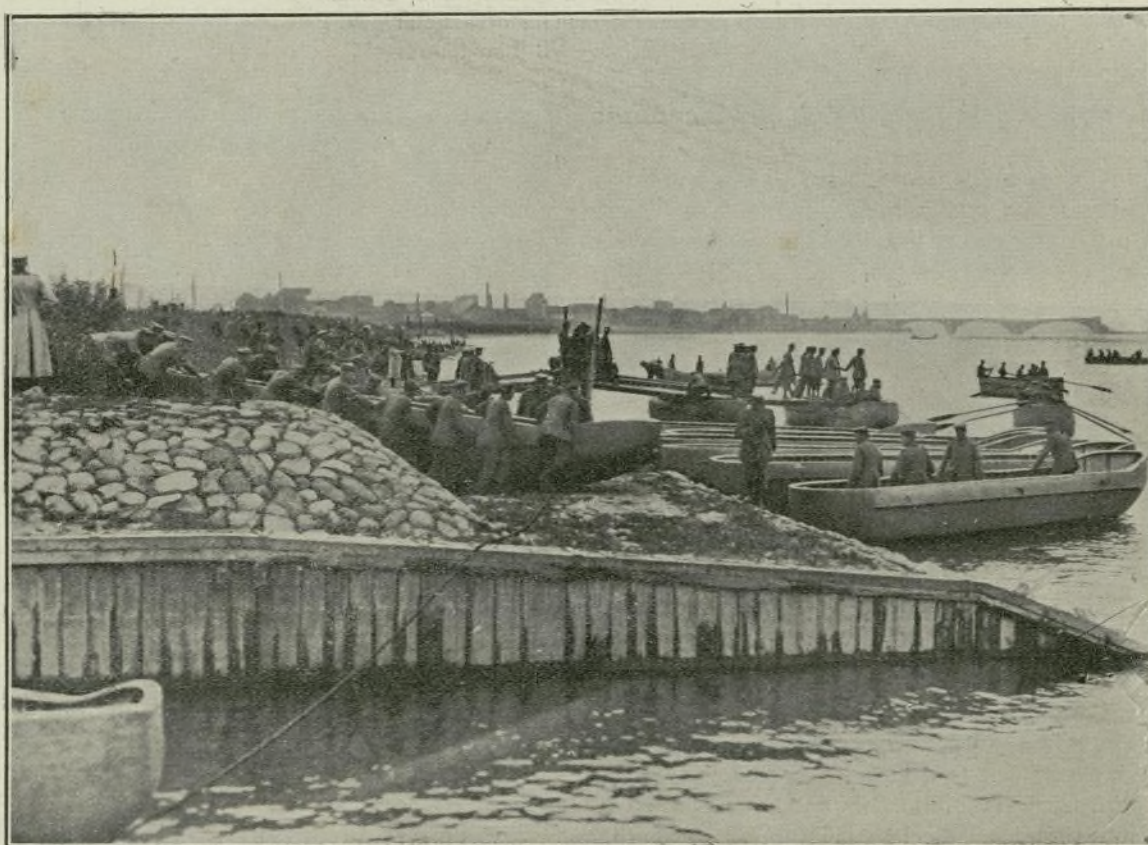
La esposa del Mariscal Hindenburg, imponiendo a un crucero acorazado el nombre del gran general alemán



El crucero acorazado alemán «Hindenburg», en el momento de ser botado al agua



Paso de una locomotora alemana sobre un flotante, por el Vístula. En el fondo, uno de los puentes destruidos entre Varsovia y Praga



Construcción de un puente de pontones sobre el Vístula, por los ingenieros alemanes. En el fondo se ve el puente de Varsovia-Praga destruido por los rusos

los combates, con los dos ejércitos del Loire, y después en los combates de la Comunne.

Al firmarse la paz, estudió en el Colegio de Estado Mayor, donde se distinguió por su ingenio, su inteligencia y su don de organización. Su primer servicio de Estado Mayor fué en 1885, como coronel en el 17.º cuerpo. En 1896 ingresó en el Estado Mayor, donde pudo manifestar todos sus talentos, que fueron enseguida reconocidos. Durante tres años inspeccionó la organización y movilización del ejército, y fué luego a Nancy a tomar el mando del 37.º regimiento de infantería, perteneciente a la famosa «división de hierro».

Fué en Nancy, en la frontera de Lorena, donde el general Castelnau se defendió victoriosamente cuando el Emperador, rodeado de una brillante escolta aguardó en vano el triunfo que le abriría las puertas de Lorena. Allí reveló Castelnau sus talentos de estratega.

Cuando las enconadas controversias entre la Iglesia y el Estado se desataron en Francia, el general Castelnau, de tradiciones clericales, vió alejarse su ascenso; no fué hasta 1906 que recibió las estrellas de general. Desde entonces, su carrera fué rápida. Mandó la 24.ª brigada de infantería en Sedán, luego la 7.ª brigada en Soissons, y en 1909 asumió el mando de la 13.ª división en Chaumont. En este puesto se desarrollaron sus talentos, y no tardó en reconocerse que Francia tenía en Castelnau un gran general.

En 1913 fué llamado a París por el general Joffre para encargarle la jefatura del Estado Mayor general. Al cabo de un año de íntima colaboración con el general Joffre, estalló la guerra, y el general Castelnau recibió el mando del importantísimo ejército de Lorena. Con fuerzas debilitadas por fuertes pérdidas, desarrolló felizmente el combate que le hizo famoso. La victoria de Le Grand Couronné fué la primera hoja de laurel tejida para Francia por el general Castelnau.

Después de la batalla del Marne, el ejército de Castelnau se movió hacia el N. y se estableció entre los de Maunoury y Maud'huy.

El carácter de Castelnau se refleja en su rostro. Su barba cuadrada, sus pómulos salientes y su nariz aguileña, indican fuerza, decisión y audacia; su anchura y amplia frente y sus penetrantes ojos, potencia cerebral. Sus cualidades agresivas de voluntad y resolución, están combinadas con otras del corazón, que le han ganado el respeto de cuantos se han puesto en relación con él.

El general Castelnau es uno de aquellos generales que se complacen en el trato con sus soldados. Siempre que puede, acostumbra a visitar las trincheras y bromea con la tropa, a la que dirige preguntas sobre sus familias y país, en forma tan sencilla, que penetra en línea recta en el corazón del soldado.

(De *The Times*).

CRONICA MILITAR

I. El objetivo de los aliados en Macedonia.—II. Superioridad del alto mando alemán.—III. El empleo de la caballería en la batalla de la Champagne.—IV. El término de una era, en la historia militar.—V. Probable invasión de la Mesopotamia.—VI. La campaña contra Serbia.—VII. La situación el 7 de noviembre

I.—El objetivo de los aliados en Macedonia

Afluyen incesantemente tropas aliadas a Macedonia, parte de las cuales han remontado el Vardar hasta internarse en territorio serbio. ¿Se proponen el objetivo, tantas veces anunciado de ayudar a los serbios y contener a los austro-alemanes? No se necesita poseer profundos conocimientos militares para comprender que una expedición a lejanas tierras, desarrollada forzosamente en un valle que tiene a uno de sus flancos una nación enemiga—Bulgaria,—con un ejército de más de 300 mil hombres, y en su origen otro ejército adversario más poderoso aún, sería una verdadera demencia, aun sin contar con la hostilidad de Turquía. Arrojados los serbios de gran parte de su antiguo territorio nacional, la campaña que emprendieran en unión de los aliados para reconquistar el suelo perdido pecaría del gravísimo defecto de no apoyarse en una base de operaciones, toda vez que Salónica no puede considerarse como tal y que las regiones montañosas de Serbia y Montenegro carecen de las condiciones más indispensables para servir de bases; mientras que los austro-alemanes tienen establecidas las suyas en la margen izquierda del Danubio, en país propio, y en el mismo caso están búlgaros y turcos. Técnicamente, no es admisible, pues, que los aliados quieran desarrollar una campaña ofensiva en la Macedonia serbia;

ello hubiera sido razonable hace un mes o seis semanas, pero ahora ha pasado la ocasión.

Tampoco puede tener por objeto la expedición anglo-francesa impedir el enlace entre Austria y Turquía, a través de Bulgaria, puesto que el enlace está ya establecido y, sin embargo, no se interrumpen los desembarcos en Salónica. De consiguiente, algún otro motivo debe haber inducido a Inglaterra y Francia a emprender una expedición tan arriesgada y tan preñada de peligros.

Serbia fué invadida en noviembre del año pasado y llegó a verse en una situación crítica, sin que los aliados creyeran necesario el envío de tropas en su socorro, y ahora, apenas el primer soldado alemán pasó el Danubio, ha habido perfecta unanimidad en la resolución de auxiliar a Serbia, de donde se infiere que la causa de este nuevo criterio ha sido la intervención de Bulgaria, que abría el camino, largo tiempo cerrado, de comunicación de los imperios centrales con Turquía. Luego, las miradas de los beligerantes no se han detenido en Serbia, sino que se han extendido mucho más allá de Constantinopla.

Recuérdese que los ataques a los Dardanelos y la expedición a Gallípoli, a los que se atribuyeron varios fines, detuvieron en el acto las tentativas de los turcos contra el canal de Suez. Y justo es reconocer que si la referida expedición ha resultado militar-

mente un fracaso, se ha traducido en la innegable ventaja para los ingleses, de mantener la tranquilidad y seguridad de Egipto y el Indostán.

A esos remotos países apuntan los austro-alemanes; la invasión de Serbia no es más que el primer paso, necesario e inevitable; aplastado el pequeño reino, muchos millares de hombres del Asia Menor, sometidos a la organización alemana, duplicaría, por lo menos, la fuerza del ejército turco, peligrarían las posesiones británicas en Asia y el N. E. de Africa, y la pérdida o la simple inutilización del canal de Suez sería un golpe casi mortal para Inglaterra. Tan magna empresa no puede ser obra de algunas semanas, sino de meses, de muchos meses; pero si los austro-alemanes siguen manteniéndose a la defensiva con el mismo éxito que hasta aquí en los tres teatros europeos, una porción de sus tropas podrá dedicarse a llevar la guerra al Asia, que será un vivero de hombres endurecidos, sobrios y vigorosos para los ejércitos de Alemania, Austria y Turquía.

Llevando desde luego los aliados sus tropas al Asia Menor, facilitarían el plan de sus adversarios, lo secundarían indirectamente. El mejor medio de parar el golpe sería obtener una victoria decisiva en Francia o en Rusia, pero como las tentativas no han resultado afortunadas, sólo cabe acudir a un plan indirecto, consistente en llamar la atención del enemigo en otro punto, atraerlo a él, entretenerlo, en espera de que la situación mejore en los teatros principales. Como en fuerzas militares los aliados no pueden competir con sus enemigos, deben aprovechar su gran superioridad naval, y en este concepto lo más indicado es que ataquen las costas turcas y búlgaras y lleven a ellas tropas abundantes de desembarco, para atraer hacia ellas a los ejércitos del bando rival y detenerlos en su amenazadora marcha hacia el Asia Menor; los cañones de los acorazados y cruceros darán a esas tropas expedicionarias la protección que necesiten si las circunstancias se tornan críticas. Organizar una base en país hostil es obra dificultosa y lenta, que se simplifica cuando se establece en una comarca amiga y neutral, que es el caso de Grecia. Lo que se ha hecho en Salónica no podía intentarse siquiera en el litoral de Tracia.

Se concluye, que el objetivo de los aliados no es defender a Serbia, sino atacar a Bulgaria y a Turquía, para inmovilizar las fuerzas de ambas. Este plan militar tiene pocas probabilidades a su favor, pero da tiempo para laborar en otros sentidos y operar en otros teatros. Con todo, requiere como primera condición resolver desde luego, obrar sin aplazamientos y sin reparar en las consecuencias.

II.—Superioridad del alto mando alemán

La organización del alto mando alemán fué la obra maestra de Moltke. No fundó este caudillo la victoria en las inspiraciones de un genio, cuya aparición depende de la Providencia, sino en la unidad de doctrina de todos los generales que han de desempeñar elevados mandos en campaña. La formación de ese alto mando es una obra muy compleja, que arranca desde los primeros puestos de la milicia y no termina hasta que el general se retira del servicio activo; ha sido imitada en unos países, copiada en otros, pero en ninguno fielmente trasplantada,

porque se descuidaba unas veces el espíritu, y, otras, el modo de ser nacional era diferente del alemán.

La superioridad del alto mando alemán sobre los demás es uno de los hechos más notorios de esta guerra. En cada uno de los ejércitos han sobresalido uno o varios generales, pero en ninguno, aparte del alemán, la acción de conjunto ha brillado con luz propia a través de una larga serie de operaciones.

La diferencia se ha hecho aún más palpable en los teatros donde se encuentran tropas de dos o más naciones aliadas. No hay para qué recordar la escasa coordinación de los esfuerzos ingleses y franceses en el Oeste y en Gallípoli; la deficiente unidad de las operaciones italianas; y cuán desunidas fueron las diversas maniobras de los rusos, mientras que no se ha notado el menor roce, el más leve entorpecimiento en las campañas de los austro-alemanes: la dirección fué única, el acuerdo perfecto, y no parecía que se trataba de tropas de muchas y diferentes nacionalidades, sino de un ejército educado desde la paz en los mismos métodos y mandado por los mismos generales. Sin embargo, ello es lógico dentro del sistema alemán, en el cual cada hombre pone sus talentos al servicio superior y donde la iniciativa es amplísima, pero sin degenerar jamás en independencia, autonomía o capricho. El cumplimiento del deber, sin la renuncia de ningún derecho, es tan fácil de decir como difícil de lograr en las circunstancias delicadas o comprometidas.

Nos habíamos acostumbrado ya a la perfecta unidad de mando en los ejércitos austro-alemanes, y a la envidiable unidad de dirección que los alemanes imprimieron a las operaciones de los turcos, cuando un nuevo hecho de esta naturaleza supera a los anteriores. No ya un ejército austro-húngaro y otro alemán combaten contra Serbia, bajo el mismo jefe, sino también otros dos búlgaros que se mueven en diferentes teatros, y uno de ellos a más de 150 kilómetros de distancia del grupo principal. Sin embargo, los cuatro maniobran de concierto, como ruedas de un mismo engranaje. Es un caso insólito, sorprendente, que obligará en lo porvenir a estudiar mejor que hasta ahora la formación del alto mando alemán y su laboriosa e inteligente preparación.

III.—El empleo de la caballería en la batalla de la Champagne

A raíz de la última batalla de la Champagne, los partes alemanes dieron a conocer que, luego de roto el primer frente atrincherado, los franceses lanzaron grandes masas de caballería, que se estrellaron, padeciendo pérdidas enormes, contra la segunda línea de defensa. Los franceses negaron el hecho, insistieron los alemanes, y volvieron aquellos a desmentirlo. Ultimamente los periódicos suizos lo han admitido, y lo discuten en sus páginas. Alguna alusión más o menos velada ha aparecido en la prensa inglesa, y se robustece cada día más la creencia de que fué cierta la afirmación alemana.

Sí, como parece cierto, aunque no está absolutamente comprobado, el general Joffre mandó cargar a varios regimientos de caballería así que toda la primera posición fortificada enemiga cayó en sus manos en un frente de 23 kilómetros, no es extraño que aquellas masas de ginetes fueran destrozadas por

el fuego que partía de la segunda línea, ante cuyas alambradas hubieron de detenerse impotentes; la confusión que entonces debió producirse, contribuye a explicar la súbita paralización que sufrió la ofensiva y el rápido término de la batalla después de obtenido el éxito inicial.

Ni en hipótesis es admisible que el alto mando francés enviara a sabiendas varios regimientos de caballería contra una posición fortificada. Un error de tanta monta no es capaz de cometerlo ningún cuartel general, y mucho menos al cabo de catorce meses de guerra. Habría que atribuirlo a deficiencias en el servicio aéreo de reconocimientos, principalmente, y en parte a una falsa apreciación del enemigo, disculpable en los primeros momentos.

El frente avanzado alemán, roto por los franceses, comprendía hasta cinco líneas de trincheras, con posiciones para artillería y abrigos para las guarniciones, y entre él y el siguiente, ahora ocupado por los alemanes, mediaba un espacio libre, sin defensas, de cerca de cuatro kilómetros de anchura. Se comprende que al desembocar los franceses en campo que creyeron abierto, y ver cómo ante ellos se retiraban en desorden los restos de los batallones alemanes, imaginaran que habían ya logrado la victoria, y emplearan la caballería para completar el triunfo, perseguir al enemigo y apresar a los fugitivos, muchos de los cuales, sin duda, cayeron en manos de los ginetes. Entusiasmados éstos por el éxito y viendo, por fin, llegada la hora de substituir la carabina por el sable y la lanza, acaso prosiguieron enardecidos la carga, hasta caer deshechos bajo el plomo alemán; pero lo más probable es, tratándose de un ejército cuyas tropas están tan a la mano de sus jefes, que la caballería recibiera la orden de cargar a fondo y coronar el éxito logrado por la infantería y artillería. En tal caso, que creo el más verosímil, la culpa debe atribuirse a la insuficiencia de los datos facilitados por la exploración aérea, y a la circunstancia de ser tan fuerte y constar de tantas líneas la primera posición alemana, que el mando francés creyera que se había apoderado de una parte del frente en toda su profundidad.

Tampoco sería de extrañar que los aviones no hubiesen advertido la existencia de la segunda posición. Cruzan sobre ella a menudo, pero a tanta altura, que sólo pueden descubrir la situación exacta del adversario guiándose por el fuego de la artillería y por los movimientos de trenes y de tropas y convoyes en las carreteras. Y como la primera posición era la que sostenía exclusivamente el fuego, y las baterías pesadas, que de vez en cuando lo apoyaban, estaban perfectamente disimuladas y son invisibles desde los 500 o 600 metros de altura, nada tiene de extraño que los aviones no se dieran claramente cuenta de la situación, tanto menos, si se recuerda que los dos rivales tienen montadas muchas baterías especiales contra aeroplanos y dirigibles, habiendo conseguido alejar a los aviones, que corren inminente peligro de ser derribados si descienden a menos de 1.500 metros.

Todo ello confirma lo dicho en otra ocasión acerca de los peligros que entraña una vigorosa ofensiva en el frente occidental; el mayor riesgo no se corre durante el ataque, sino después. En el asalto se pierden hombres, muchos hombres, pero como

consecuencia de las bajas no sobreviene ineludiblemente la derrota, ni tampoco el triunfo si aquel es afortunado; conseguido el primero y necesario resultado, cuando el ejército, pese a las más exageradas medidas de previsión, está quebrantado, la cohesión perdida y deshechos los vitalísimos lazos del mando, el aparente vencedor puede encontrarse frente a situaciones inesperadas, sin que haya entendimiento humano capaz de adivinar lo que entonces puede suceder.

Las deplorables consecuencias de la intervención de la caballería francesa en la batalla de la Champagne, hará más cautos en lo sucesivo a los dos beligerantes; pero esto mismo les privará de un elemento valiosísimo para llegar a un éxito decisivo, toda vez que la caballería es el arma más a propósito para completar la victoria y llevarla a sus últimos límites.

IV.—El término de una era, en la historia militar

Las posiciones defensivas de los dos beligerantes en el teatro occidental y las austro-húngaras en el meridional, merecen de hecho, a juicio de muchas personas, el dictado de invulnerables. Su conquista impondría el sacrificio de tantas vidas, que el ejército atacante resultaría prácticamente destruido.

Los hechos han dado hasta ahora la razón a los que sostienen esa conclusión tan triste para el arte militar. Si se la admite, se llega naturalmente, partiendo de ella, a deducciones que cambian por completo el concepto de la guerra.

Puesto que simples atrincheramientos de posición, reforzados con fuertes defensas accesorias, muy bien dotados de comunicaciones y abrigos enterrados, y disponiendo de un considerable volumen de fuego, han sido capaces de contener los asaltos de ejércitos de millones de hombres apoyados por millares de cañones, ¿quién se atrevería en lo porvenir a lanzarse contra una posición inspirada en los mismos principios, pero preparada desde el tiempo de paz y con caracteres permanentes? ¿Qué pueblo dejará de acudir, en lo sucesivo, a un medio que pone en condiciones de absoluta seguridad al territorio nacional, cerrando sus fronteras con una cortina defensiva abundantemente provista de cañones, ametralladoras, morteretes y demás armas ofensivas? El gasto será grande, abrumador, si se quiere, pero nada es excesivo ni desproporcionado, cuando se alcanza el inapreciable beneficio de librar de la codicia ajena la integridad territorial. La organización del ejército habrá de ceñirse al objetivo sencillo de guarnecer aquella cortina, que podrá establecerse un poco internada en el país, para evitar los golpes de mano y los ataques por sorpresa. El problema defensivo se simplifica extraordinariamente y reviste un carácter puramente científico.

¿De qué servirá a las grandes naciones su superioridad material, y qué podrán intentar contra los pueblos pequeños protegidos por un método tan eficaz?

El arte militar habrá pasado a la historia, y la instrucción de las tropas se limitará al tiro y al temple de los nervios. Siendo potestativo del débil protegerse contra las ambiciones de sus vecinos, y no pudiendo el fuerte hacer valer todos sus medios con-

tra un enemigo que haya sido previsor, ¿quién será el imprudente que provoque una guerra, de la que sólo puede salir su propia perdición? Según esto ¿habremos llegado a la paz perpétua, al término de las guerras, o, por lo menos, caminamos rápidamente hacia tan hermosos, pero siempre utópicos, ideales?

Las posiciones atrincheradas ¿representan la impotencia de los ejércitos? ¿Es posible que en el siglo xx las líneas continuas, ensayadas desde remotísimos tiempos y resucitadas hace poco más de un siglo, hayan resultado la panacea de uno de los más terribles azotes de la humanidad?

Por desgracia, estamos muy lejos, más lejos aún que antes, de que acaben las guerras vencidas por su

la disposición más adecuada para contrarrestar los efectos de las armas y de la táctica enemigas: ni más ni menos, ni menos ni más. Es evidente que, apenas los medios de ataque adquieran más potencia, serán insuficientes los actuales de protección. Esa potencia se buscará en ramas de la ciencia extrañas a la balística. Sin perjuicio de seguir perfeccionando las armas de que hoy se valen otros ejércitos, se advierte ya la aparición y el advenimiento de nuevas armas. Las máquinas perforadoras de túneles entrarán en los dominios del ejército; se estudiará el aprovechamiento y utilización militar de un sinnúmero de fuerzas naturales (ríos, torrentes, ventisqueros, escarpes,...), en que nadie ha pensado todavía; la electricidad, sin olvidar las hondas hertzianas, apenas



Inauguración en Berlín, del «Hindenburg de hierro», el 4 de septiembre. La estatua es de madera y mide doce metros de altura. Para aumentar los fondos de la guerra se permite al público hincar clavos en la estatua; un clavo de oro vale 100 marcos, uno de plata 5 y uno de hierro 1

misma potencia de destrucción. Sólo el terreno y el genio militar serán capaces de restablecer el equilibrio de dos fuerzas militares muy desiguales; las posiciones, como los demás factores auxiliares, contribuirán al éxito, pero no serán decisivas. Y es gravísimo error, que puede costar caro, el dejarse impresionar por lo que acontece en Francia y deducir consecuencias de orden general, de una situación especialísima que probablemente no se repetirá jamás.

No hay ejército capaz de vencer la resistencia de las líneas alemanas y franco-inglesas; ello será verdad o no; opine cada cual como guste, mi opinión claramente ha sido consignada en estas páginas. Pero nadie negará que lo acontecido no es más que la forma en que se ha concretado, en cierto momento, la eterna pugna entre los medios ofensivos y los defensivos. Los alemanes han sabido utilizar las más formidables armas de ataque en la defensa y dar a ésta

ha sido desflorada en sus aplicaciones marciales; y, sobre todo, se abre a la generación presente y a las futuras el campo inmenso de la química.

No otra es la consecuencia que debe deducirse de lo que acontece en el frente franco-alemán y en el austro-italiano: los medios de guerra actuales, perfeccionados en el mismo sentido, demasiado estrecho, hace cinco siglos, están ya a punto de suministrar su máximo rendimiento; es menester valerse de otros nuevos. A este estudio se están dedicando ya algunas naciones, y la hora de la paz será el comienzo de una era de actividad febril, que imprimirá nuevos rumbos a la guerra. Así como la invención de la pólvora señala uno de los fastos más importantes en la historia, el siglo xx legará a los venideros algo nuevo, que se vislumbra perfectamente y que revolucionará por completo los métodos de guerra.

La pólvora es poco, porque la defensa, apoyán-

dose en otros elementos, ha sabido utilizarla tan bien como el ataque. Son necesarios más poderosos instrumentos de destrucción, y cada vez que surge una necesidad no tarda en encontrarse la manera de satisfacerla. Nos encontramos, por consiguiente, en un período de transición, de evolución, de espera, y nada definitivo podrá concluirse de la campaña actual, que será el fin de una era y el comienzo de otra nueva.

Influirá ¿cómo no? en la organización de los ejércitos, la modificará hondamente; pero como el hombre prevalece sobre las armas, y ni la ciencia más perfecta puede rendir la voluntad y el entendimiento humanos, seguirá siendo el ejército la salvaguardia y el amparo de la patria; variarán su composición, sus medios de guerrear, sus métodos, pero, en el fondo, los supremos principios continuarán inmutables, y los grandes capitanes lo serán, como hasta ahora, de todos los tiempos. La guerra es el hombre y no el arma.

Prevista la evolución, hay que marchar hacia ella y no esperar. Por eso es tan indispensable que los ejércitos se pongan en cierto estado de movimiento, de maleabilidad, que les facilite la labor de encajar en los nuevos moldes, para lo que es menester abandonar los antiguos y movilizar sus energías.

V.—Probable invasión de la Mesopotamia

El libre ejercicio de la propia iniciativa ha sido una de las causas iniciales de los éxitos alemanes. Eligiendo las zonas de operaciones y los sectores de ataque, los austro-alemanes han impuesto su voluntad en todos los frentes, menos el italiano, y sus adversarios han tenido que acomodar y supeditar sus disposiciones a las tomadas por aquellos con plena libertad y adecuada preparación.

Esta ventaja de ejercer la iniciativa se ha patentizado en los Balkanes más que en ningún otro teatro, porque desde el primer momento se han visto los franco-ingleses en una situación tan difícil, que la proyectada expedición en grande escala es probable que no rebase la categoría de una simple diversión.

También los aliados han intentado, en varias ocasiones, imponer su voluntad al adversario; el ejemplo más saliente fué el desembarco en Gallípoli y el ataque en los Dardanelos. Pero hay una gran diferencia entre los resultados obtenidos por unos y otros, pues mientras los austro-alemanes han reportado positivas ventajas, han sido ilusorias las alcanzadas por los aliados, cuando su iniciativa no ha conducido a un fracaso notorio. Ello es debido a que, para imponer la propia voluntad, es menester disponer de los medios necesarios, cuyo cálculo requiere un estudio previo minucioso y un sereno juicio sobre la situación; si faltan en número o calidad, preferible es aplazar o abandonar el uso de la iniciativa, porque ésta no tardará en pasar al bando contrario, si es más previsor y prudente.

Conocido el objeto verdadero que ha llevado a los austro-alemanes a los Balkanes, fuera torpeza militar la expedición de los aliados partiendo de Salónica y Kavalla, aunque se le encontrara explicación en otro orden de ideas. A los austro-alemanes les conviene llevar la guerra hoy a un teatro y mañana a otro; si los aliados acuden a los nuevos pa-

lenques donde se les reta, se resignan *ipso facto* a los inconvenientes de aceptar la lucha en el lugar, momento y forma que más conviene a sus adversarios; la partida comienza con escasas probabilidades de éxito; además, se desvían tropas y recursos hacia donde llama y provoca el enemigo, que no es, jamás, donde interesa al país propio.

A punto estuvieron los aliados de incurrir en este grave error, cuando se trató de la expedición en socorro de Serbia, y aún no puede decirse que hayan evitado el escollo; pero, seguramente, lo han visto ya.

Si se abraza en una ojeada el inmenso teatro de la guerra de hoy y tal vez de mañana, el menos competente en estrategia advierte sin dificultad que no es la Macedonia serbia el lugar indicado para oponerse al golpe austro-alemán; el contragolpe debe venir de las regiones que constituyen el último objetivo de la guerra y dirigirse contra los puntos más débiles del enemigo.

La Turquía asiática es tan vasta, posee tan pocos caminos y ha sido tan desatendida militarmente por las autoridades otomanas, que, de hecho, sus regiones orientales están casi indefensas, y se invertirá mucho tiempo en llevar a ellas tropas y material en cantidad bastante para ponerlas en condiciones de seguridad. Teniendo que atender a necesidades más urgentes e inmediatas, los turcos han concentrado casi todo su ejército en Tracia y el O. de Anatolia, con una masa respetable junto a la frontera de Egipto; pero en el E. sólo hay débiles fuerzas, a las que no ha llegado el influjo de la organización y los métodos alemanes. Comprendiéndolo así, hace ya muchos meses que los ingleses desembarcaron en las costas del Golfo Pérsico, y están operando, con bastante éxito, en los valles del bajo Eufrates y el bajo Tigris. A ellos pueden llevar rápidamente, sin peligro, ni estorbos, gran parte de las fuerzas que aún tienen en la India; invadir el oriente de la Turquía asiática, y derivar en este sentido la actividad que los turcos se proponen desarrollar en Europa y contra el canal de Suez. Así conseguirían, por lo menos, precaver de ataques y riesgos el Indostán. Tal vez cupiera hacer lo mismo en Egipto, no aguardando el avance del enemigo, sino adelantándose a él, si bien esto es más difícil por los grandes desiertos que hay al E. del canal y no estar tan preparados los ingleses como los turco-alemanes a operar en aquellas estériles y despobladas comarcas. Se ignora si los alemanes, a su vez, dándose cuenta de que la invasión de Serbia podría provocar una ofensiva británica en el Eufrates, han tomado o están tomando las medidas más adecuadas para contrarrestarla; ello es dudoso, porque la Turquía asiática padece una completa desorganización política y administrativa, y faltan vías de comunicación y recursos para mover con facilidad fuertes masas de hombres de un punto a otro. Si, como parece probable, los ingleses responden al ataque en los Balkanes con la invasión de la Mesopotamia, el teatro de la guerra va a adquirir proporciones gigantescas, y nuevos pueblos intervendrán en la contienda; no sería extraño que los japoneses intervinieran directamente en la empresa, lo que extendería hasta América la agitación bélica.

VI.—La campaña contra Serbia

El 6 de octubre comenzaron los austro-alemanes el paso del Danubio, y el 11 del mismo mes tuvieron lugar los primeros movimientos del ejército búlgaro. El avance de aquellos fué lento: los serbios, con el grueso de sus fuerzas en la región N., presentaron una tenaz resistencia, y el invasor, no disponiendo de otros puntos de paso que los puentes tendidos sobre el Danubio, tuvo que atender ante todo al despliegue de sus tropas y a la organización de los servicios de retaguardia. A últimos de octubre, terminadas estas labores preliminares, quebrantados los serbios y amenazados por el vigoroso empuje del ala izquierda búlgara, se estableció el contacto entre las diferentes columnas, y la invasión se prosiguió normalmente. Entre tanto, la derecha y el centro búlgaros iban ganando terreno, y todas las columnas austriacas, alemanas y búlgaras, pudieron ejecutar un movimiento convergente, cuyo centro hipotético es Mitrovitzá. Es claro que cuanto más concurrían hacia ese centro, más se acercaban sus cabezas y más irresistible resultaba la invasión, porque siendo cada vez más reducida el área en puede moverse el ejército serbio, más probabilidades hay de que los invasores ejecuten maniobras envolventes. Estratégicamente, está decidida la guerra: el ejército serbio se encuentra dentro de un arco, mayor que una semicircunferencia, ocupado por las fuerzas invasoras, y no le queda otra salida libre que la de las fronteras de Montenegro y Albania; junto a este país, una estrecha zona queda aún abierta entre Serbia y Grecia, pero la amenazan seriamente los búlgaros desde las excelentes posiciones de Katschanik y Uskub.

En la actualidad, el frente austro-alemán parte de la frontera de Bosnia, al S. de Visegrado, se dirige en línea casi recta a Kralyevó, pasa un poco al N. del empalme de las vías férreas que desde Nisch van a Vzice y Belgrado, desciende hacia el S. y remonta el curso del Morava, por Vrania, terminando en Katschanik, desde donde baja a Uskub y sigue la línea del Vardar hasta Krivolak. Kralyevó ha caído en poder de los austro-alemanes, y Nisch ha sido tomado por los búlgaros, tras un furioso combate de tres días. Cerca de Krivolak y más al S., ha habido algunos encuentros entre los búlgaros y los franco-ingleses, quienes han desistido por ahora de emprender una resuelta ofensiva.

Los austriacos han comenzado la invasión de Montenegro, y en Albania ha cundido el alzamiento contra los serbios y contra las tropas de Essad Bajá, que les apoya. Directamente amenazado el grueso serbio por los ejércitos del Norte, contenidos los aliados a 25 ó 30 kilómetros de la frontera griega, está poco guarnecida la región S. y se teme que los búlgaros marchen sobre Monastir y hagan completo el aislamiento del pequeño y desgraciado reino. Sin embargo, no parece inmediato un movimiento hacia Monastir, marcha que no dejaría de ofrecer serios peligros. Cabalmente, el plan de los invasores se caracteriza por lo coordinado del esfuerzo, en el que no se deja nada al azar; es una invasión metódica, que se desenvuelve de un modo casi matemático.

Menos de la tercera parte del antiguo reino de Serbia es lo que está libre de enemigos, de modo que

un mes de campaña ha bastado para llevar a cabo una empresa que hace un año hubiera parecido imposible. Si, por fin, los serbios son empujados a Montenegro, no tardará en ser un hecho la disolución de su ejército, porque las tropas carecerán de municiones y subsistencias. Es posible que se intente abastecerlas por mar, desembarcando en Durazzo y Alesio, pero los transportes, siempre difíciles por el terreno, lo serán aún más por la hostilidad de los albaneses; de manera que si la situación no sufre un cambio inmediato, para auxiliar a los serbios será menester comenzar por dominar la Albania.

El porvenir no puede presentarse más desconsolador para los serbios. Por si esto fuera poco, es de creer que la llegada de las primeras tropas alemanas a Bulgaria, será la señal de que los turcos entren en escena contra los aliados, si para entonces los franco-ingleses continúan todavía en el valle del Vardar.

En esta campaña de Serbia, la mitad, por lo menos, del éxito se ha debido a la preparación. Desde el invierno pasado, es decir, hace nueve meses, los alemanes pusieron en el Danubio algunas compañías, que recibieron la orden de hacerse visibles y mostrarse a los serbios; siempre en movimiento y efectuando largas marchas, se presentaban ora en un punto, ora en otro, produciendo la impresión de que los alemanes estaban concentrando fuerzas importantes junto al río. En las primeras semanas, los serbios se alarmaron, pero concluyeron por acostumbrarse y tranquilizarse; de esto resultó que, cuando en septiembre comenzaron a afluir tropas alemanas al Danubio, los serbios, habituados a verlas en las orillas, no sospecharon la verdad, ni fué menester a los austro-alemanes adoptar precauciones para guardar el secreto. Si data ya de nueve meses ese ardid de guerra, testimonio de que ya entonces se pensaba en la invasión de Serbia, evidente es que el acopio de material y medios de transporte se ha estado efectuando con la mayor tranquilidad, sin prisas y sin despertar recelos en el enemigo. Los serbios, en efecto, no advirtieron cómo se iban botando al agua los flotantes, ni aparcándose en las márgenes del Danubio el inmenso material de puentes, necesario para el paso del ejército. Cuando la artillería pesada rompió el fuego, dando el primer aviso de alarma al defensor, había comenzado ya la construcción de los puentes, y el paso del río se ejecutó a viva fuerza, sin dar tiempo a los serbios para concentrar en los puntos amenazados, todas las tropas que tenían diseminadas en el Save y el Danubio. Aunque parezca increíble, los austro-alemanes lograron el efecto de sorpresa, gracias a la tensión en que mantuvieron al adversario durante meses y meses. Empresas tan maduras y tan concienzudamente preparadas, no es de extrañar que resulten bien y parezcan fáciles. Todo es fácil cuando se ponen los medios para conseguirlo y el estudio ha reducido al mínimo la intervención de lo imprevisto; pero esta *facilidad* es lo más difícil de la guerra. Los periódicos alemanes, unánimemente, afirman que el tendido de los puentes y el paso del Danubio, bajo el fuego de los serbios, han sido las operaciones más brillantes ejecutadas por los austro-alemanes en la presente guerra.

No han faltado personas imparciales en el campo aliado que han hecho notar, con amargura, la



irreflexión con que se ha emprendido el desembarco en Salónica. Entre otros detalles gráficos merece citarse el siguiente: los muelles de aquel puerto no tienen capacidad para el desembarco de la mitad de los abastecimientos que necesitaría un ejército de 250,000 hombres, lo cual equivale a decir que nada se conseguiría con el envío inmediato de dichas tropas, pues la mitad de ellas no podrían alejarse de los puertos y ciudades de Grecia, por falta de medios de subsistir. No se había pensado tampoco en la composición de los convoyes marítimos, habiéndose dado el caso de que, en un punto que no se cita, pero que debe de estar en Gallípoli, permanecieron algunos días varios barcos ingleses, esperando tropas británicas que no se presentaron, mientras que cierto número de batallones franceses aguardaron el mismo tiempo la llegada de los barcos de su nación, que habían de conducirlos a Salónica. No es posible emprender hoy expediciones militares a lejanas tierras, guardadas por ejércitos numerosos, con aquella despreocupación típica que caracterizó ciertas expediciones, como la célebre de los catalanes y aragoneses a los mismos lugares de Oriente que están hoy en todos los labios.

Si se tienen en cuenta esos contrastes entre la preparación de la campaña contra Serbia por los austro-alemanes, y la improvisación de las operaciones en Gallípoli, y ahora del desembarco en Salónica, no extrañará que en unos casos la victoria premie a la previsión y a la constancia, y, en otros, sea el fracaso la consecuencia del poco estudio. Una de las causas fundamentales de esta diferencia ha de buscarse en la unidad perfecta de mando y acción, que impera en el grupo acaudillado por los imperios centrales, frente a la dispersión de objetivos y órdenes que se observa en el campo de los aliados. Estos han perdido ya la esperanza de apoyar a Serbia antes de que sea aplastada; y es muy probable que tampoco eviten la ruina total de aquel pequeño reino y del minúsculo Montenegro.

VII.—La situación el 7 de noviembre

La guerra en el frente occidental vuelve a presentar el mismo aspecto que tenía antes de la batalla del 25 de septiembre: cañoneos intermitentes, ataques aislados, emprendidos casi siempre por los alemanes, y pequeños éxitos, que no modifican ni alteran la situación general. Los alemanes han consolidado sus posiciones en la Champaña, expulsando a los franceses de los puntos avanzados que aquellos perdieron en la segunda línea, en los últimos días de septiembre. La actividad sólo se mantiene en Artois y Champaña, porque ni en el sector de Verdun ni en los Vosgos ha acontecido nada digno de mención. Hay tranquilidad en el frente británico, y nada ocurre, hace mucho tiempo, en la pequeña línea cubierta por los belgas. Insisten los periódicos ingleses en que la superioridad numérica de los aliados es inmensa; evalúan el total de tropas alemanas en este frente en 1.700.000 hombres, lo que, de ser cierto, equivale a sostener que por cada soldado alemán hay más de dos franco británicos, y así lo declaran

embozadamente. Estos cálculos son muy aventurados y nunca han de tomarse como base para deducir consecuencias. Más que el número total, influyen la colocación de las reservas y los medios de que se disponga para llevarlas de un punto a otro.

Va disminuyendo la intensidad de los ataques italianos, coincidiendo esta paralización de la ofensiva con el comienzo de los contraataques austriacos. El defensor insiste en que conserva en su poder todas las posiciones, mientras que los italianos repiten que han hecho importantes conquistas. Como en estas cosas hay mucho de relativo, lo probable es que, efectivamente, ciertas trincheras y reductos avanzados hayan caído en poder de los italianos, pero no las cumbres ni posiciones principales; la situación general no ha cambiado, pero el grado de resistencia del frente austriaco se habrá debilitado. Lo que convendría saber es el número de bajas padecidas por los italianos durante su violenta ofensiva; sin este dato, es imposible colegir si se les debe o no apuntar algún éxito. Dada la naturaleza del terreno y lo robusto de la organización defensiva, sería milagroso que los italianos no hubiesen quedado durísimamente castigados. En cinco meses y medio que llevan de operaciones no han logrado abrir brecha en ningún punto de la línea enemiga; su principal esfuerzo se dirige contra Gorizia, cuya conquista tendría más importancia moral que material. En el Trentino y el Tirol, las operaciones están punto menos que suspendidas, por la crudeza de la temperatura y la caída de nieves en los caminos.

No ha cesado la lucha violenta en el N. y S. del frente ruso. En el Styr y el Strypa, los rusos han sido derrotados y arrojados de los puntos que aún conservaban después de su ofensiva de septiembre. No hay síntomas de que se interrumpan por ahora las batallas en esta región, ni ello conviene a ninguno de los dos bandos. Entre Dvinsk y Riga, los alemanes no han podido forzar el paso del Duina, ni los rusos recuperar las posiciones que perdieron cerca de ambas plazas. Aunque se ha recibido por diversos conductos la noticia de que los alemanes han retirado tropas de este frente, es muy dudoso que sea cierta.

En Kraljevo (Serbia), los alemanes se han apoderado de 130 cañones. Ha aumentado el número de prisioneros serbios hechos en los últimos días, lo cual puede interpretarse como indicio de que se va debilitando la moral de las tropas serbias. En la parte S. de este teatro, los franceses se mantienen a la defensiva, cerca de Krivolak; los búlgaros, por su parte, no tienen grande interés en atacar a los aliados, cuya situación no beneficia la del ejército serbio, y esperan sin duda que las operaciones estén más adelantadas, y los austro-alemanes entren en la Macedonia serbia. La llegada a Mitrovitza de los invasores del N., coincidirá con el momento crítico para los franco-ingleses, y aun para Grecia y Rumanía. Nada de particular ha acontecido en Gallípoli, ni en el Cáucaso.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

8 noviembre 1915.

Derechos reservados